

**CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE**  
**ARTÍCULO 2: LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA**  
**I LA TRADICIÓN APOSTÓLICA**

**Puntos (77-79)**

(Monseñor José Ignacio Munilla - Programa 028 / 29-03-2011)

Estamos en el Artículo 2 “La transmisión de la revelación divina”. Ya se comentó “la predicación apostólica...” (punto 76), y ahora sigue “...continuada en la sucesión apostólica”, en el punto 77, que dice:

**77** “Para que este Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, ‘dejándoles su cargo en el magisterio’ ” (DV7). En efecto, “la predicación apostólica, expresada de un modo especial en los libros sagrados, se ha de conservar por transmisión continua hasta el fin de los tiempos” (DV8).

Hablamos por lo tanto de la sucesión apostólica. Jesús elige a doce apóstoles para transmitirles a ellos, para que sean ellos los depositarios de su mensaje revelado: la revelación del Padre. “Todo lo que le he oído a mi padre, a Dios Padre, os lo he contado a vosotros. Ya no tengo secretos para vosotros. A vosotros ya no os llamo siervos, os llamo amigos. Porque a un siervo no se le cuentan las intimidades, pero a un amigo sí”. Y los apóstoles en ese sentido son amigos. Amigos del Señor en el sentido de que les expresa su intimidad. Les comunica la revelación.

Lo primero que hay que decir es que es conmovedor, es impresionante ver la misericordia del Señor eligiendo a doce apóstoles, doce hombres rudos, la mayoría de ellos sencillos, con poca cultura. Hombres del pueblo y de un pueblo no precisamente de los más cultos. Hombres de Galilea, algunos de ellos pescadores, etc. Eligiéndolos como depositarios de la revelación. Quiere decir que llevamos un tesoro en vasijas de barro. Me parece que esto es lo mejor que puede definir el ser de la Iglesia: llevamos un tesoro en vasijas de barro y por eso el Señor se ha comprometido a sostener esa vasija de manera que no se rompa... y milagrosamente esa vasija no se rompe.

Está ese pasaje evangélico de la pesca milagrosa en el que Jesús después de resucitar, cuenta cómo se apareció a ellos y en ese momento cuenta San Juan que extrajeron aquella red arrastrándola hasta la arena -no estoy seguro del número de peces, creo que ciento sesenta y cinco-, y aun siendo tantos, no se rompió la red. Y lo dice San Juan como un milagro: “y aun siendo tantos, no se rompió la red”. Porque la red se tenía que haber roto. Así es también el ser de la Iglesia, que llevamos un tesoro en vasijas de barro. Que somos de barro pero que no terminamos de rompernos. Nos derriban, pero no nos rematan. Porque Dios sostiene a su Iglesia que es pobre, pero la sostiene.

Es conmovedor ver que Jesús puso su mensaje no en manos de sabios, no en manos de perfectos... lo puso en manos de gente sencilla, y llevó a cabo con ellos una escuela apostólica.

Ejerce como padre y como maestro, y les va educando en aquellos tres años. Jesús va educando a los apóstoles, y al mismo tiempo que les transmite la revelación, al mismo tiempo les va educando. Y entran en esa relación con él. No les llamó porque fuesen capaces, sino más bien el capacitó a los llamados. No escogió a ninguna “lumbera”. Sencillamente les educó.

Eran aptos para ser moldeados por las manos de Cristo. Me parece que esto es muy importante. Tenían sus defectos de carácter -que aparecen en los evangelios-, etcétera, pero lo importante es que eran hombres que sabían confiarse en Aquel que les había llamado.

Pues en ellos depositó el mensaje de la revelación. Y claro, llega el momento de la sucesión, y enseguida se encuentran con el problema de la traición de Judas. Judas, uno de los doce ha traicionado a Cristo, y además después se ha suicidado en su desesperación... Entonces, ¿qué hacemos...? Porque Señor eligió a doce, y parece que el número doce tenía algo de simbólico, y obviamente estaba evocando también las doce tribus del pueblo de Israel del Antiguo Testamento.

Se había suicidado Judas... ¿y qué hicieron...? Eligieron a Matías. Invocan al Espíritu Santo, echan a suertes, y dicen que había que elegir a uno que desde el principio hubiese convivido con Jesús. Porque no sólo han convivido los doce apóstoles, también había otro grupo de discípulos que habían convivido estrechamente con Jesús, aunque no habían sido elegidos como los doce más íntimos. Entre ellos se ora, se pide la luz del Espíritu Santo, y se elige a Matías. Era importante selección, porque eso fue en vísperas del episodio de Pentecostés.

El día de Pentecostés -que tiene lugar precisamente en el cenáculo, en el lugar en el que Jesús instituye la Eucaristía-, va a venir el Espíritu Santo, y va a conformar el colegio apostólico. Y en el Espíritu Santo está el colegio apostólico con María en medio y entonces allí podíamos decir que comienza la Iglesia a difundirse en todo su ímpetu.

Ya estaba para entonces Matías elegido y estaban ya los doce de nuevo juntos. Luego más tarde, hay un apóstol que es elegido de una manera muy especial, que es San Pablo, a quien el Señor le sale al encuentro cuando iba camino a Damasco. Iba en camino como celoso fariseo para hacer prisioneros a los cristianos, allí sale a su encuentro Jesucristo, le derriba de su caballo y entonces después de ese encuentro y de subir a Jerusalén y presentarse él a los apóstoles, él también pasa a formar parte del colegio apostólico.

Por lo tanto ya había comenzado la sucesión apostólica al elegir a Matías en lugar de Judas. Después continúa la sucesión apostólica con San Pablo. Bien es verdad que su forma de ser elegido es muy especial, porque tiene una manifestación de Cristo, pero luego es confirmada por los apóstoles.

Hay un texto importante que dice “subí a Jerusalén y me presenté ante los apóstoles, no fuera a ser que yo estuviese corriendo en vano”. Se presenta ante ellos. Luego viene la selección de Bernabé. Va poco a poco poniéndose en marcha el proceso de sucesión apostólica. Es como una transmisión.

Es la conciencia de que los apóstoles y sus sucesores son instrumentos para transmitir. Son como una correa transmisora de la palabra de Cristo.

Hay que decir una cosa, y es que además de la Palabra de Dios escrita -la Biblia-, existe también la tradición como forma de estar en ella presente la vida de Jesús. A Jesús le conocemos no sólo por lo que se nos ha contado por escrito de Él. También le conocemos por lo que los apóstoles han transmitido como testigos de Él. No sólo por escrito, sino también de palabra, también con su vida.

Existen dos conductos para transmitir la revelación: la Palabra de Dios escrita y la tradición. La tradición que especialmente se ha ido transmitiendo a través de los apóstoles y de sus sucesores, que son los obispos.

Hay un doble componente: palabra y los testigos de la palabra. Palabra y los testigos. Nosotros nos hemos encontrado ya con la Biblia escrita, pero la Biblia no ha caído del cielo. La Biblia -concretamente el Nuevo Testamento-, ha sido escrito por los apóstoles, por los evangelistas a los que los apóstoles encomiendan la escritura del mensaje revelado, y por tanto, para que la Biblia pueda ser considerada Palabra de Dios, han hecho falta unos testigos, que los apóstoles mismos den testimonio de que lo que está puesto por escrito es fidedigno.

O sea, que si no hubiese existido la tradición, los apóstoles -esos testigos vivos-, pues nosotros no tendríamos capacidad de reconocer como Palabra de Dios esto que está escrito en estos libros. Pongo el ejemplo de un padre que escribe un testamento porque va a marchar. Y parte. Pero para reconocer esta carta y darle toda la autenticidad, pues es muy importante el testimonio de los hijos y de la esposa, porque ellos son los que reconocen esa carta y dicen “sí, esto que pone aquí es la palabra de él, aquí está bien reflejada su figura y su vida. Este testimonio escrito es auténtico, porque nosotros le hemos conocido y vemos que está aquí reflejado”.

Es decir, que no únicamente vale el papel escrito sino que además tiene que haber el testigo que autentifique eso que está escrito. Algo así ocurre con la importancia de la Tradición de la Iglesia que es la que autentifica la Palabra de Dios escrita. Si uno pretende leer esa palabra escrita fuera de la vida de la Iglesia, fuera de la familia de la Iglesia, pues la está sacando de contexto. Como si alguien totalmente ajeno a una familia coge papel testamento del padre y lo lee, sin conocer para nada a los hijos ni a la mujer. Algo entenderá ciertamente si está escrito bien, pero no lo va a comprender plenamente, le van a faltar elementos de interpretación, porque está leyendo lo que ha escrito -sigo con el ejemplo- el padre de familia antes de morir, y él va a tener que interpretar sin haber conocido y sin haber vivido la tradición de esa familia. Y va a errar. Su comprensión va a ser limitada.

Por eso entendemos que la Palabra de Dios tiene que ser leída e interpretada en el seno de la propia Iglesia en la que se escribió, no fuera de él. Hay una palabra y hay unos apóstoles que son testigos de esa palabra.

Con fidelidad al mandato recibido del Señor, los doce apóstoles después de la ascensión de Jesucristo a los cielos, comienzan a completar ese número, primero por la elección de Matías, y del mismo modo que al inicio de la elección de los doce apóstoles, hay una

llamada de Jesús, porque Jesús le dice a Mateo que deje sus monedas porque era recaudador de impuestos: “ven y sígueme”. También ahora hay una llamada que no la realiza directamente Jesucristo, sino que son los propios apóstoles los que llaman a sus sucesores.

Ahora, es Cristo el que realiza la llamada a través de ellos. Y este es el camino por el que continúa este ministerio, que desde la segunda generación ya se llama “episkopé”, el ministerio episcopal. Uno lee las cartas de San Pablo y enseguida ve que desde la segunda generación después de los apóstoles, ya se les llama obispos. Por tanto los obispos son sucesores de los apóstoles, y ese cambió de palabra de apóstoles a obispos - los sucesores de los apóstoles-, se puede leer perfectamente en las cartas de Pablo. Esto ocurrió ya con la segunda generación.

Tal vez sea útil explicar también lo que quiere decir el término “obispo”. Esta palabra la traduce la palabra griega “epískopos” y esta palabra indica a “una persona que contempla desde lo alto, que mira en el corazón”.

El Papa Benedicto XVI, que es un gran estudioso de la escritura, recordaba esta exégesis en una catequesis que dio sobre el tema de la sucesión apostólica. La palabra “obispo” que viene de “epískopos”, significa “la persona que contempla desde lo alto, que mira con el corazón”, y así San Pedro en su primera carta, llama a Jesús “pastor y obispo, guardián de nuestras almas”. Ver 1 Pedro 2,25.

Y según este modelo del Señor, que es el primer “obispo, guardián y pastor de las almas”, los sucesores de los apóstoles se llamarán luego “epískopoi”, aquellos que son guardianes de nuestras almas, y así la sucesión en la función episcopal se presenta como una continuidad del ministerio apostólico, que es una garantía de la perseverancia en la tradición apostólica, la palabra y la vida que es la que nos ha encomendado el Señor. El vínculo entre el colegio de los obispos y la comunidad de los apóstoles, se entiende en línea de continuidad histórica.

Existe un testimonio histórico muy valioso de la segunda mitad del siglo segundo, o sea, de unas generaciones muy cercanas a los apóstoles, donde San Ireneo de Lyon que era un santo padre y un obispo, fue el que tuvo que polemizar con distintas sectas que comenzaban a surgir, herejías que se iban fraccionando del seno de la Iglesia Católica, interpretaciones desviadas de las palabras de Jesucristo...

Las tendencias gnósticas eran unas de las primeras herejías, una especie de pensamiento que venía a suponer que la verdadera revelación estaba únicamente reservada para los filósofos más eruditos, y por lo tanto tenían que hacer una serie de cábalas para llegar a los misterios escondidos... y así se iban alejando del espíritu del Evangelio totalmente.

Entonces San Ireneo tiene una polémica con todas estas distintas sectas que se han ido fraccionando y claro, ellos también se consideran iglesias, también dicen que son la auténtica iglesia, y entonces él toma la decisión de emprender la tarea de demostrar ante esta proliferación de sectas, que no son la auténtica Iglesia de Jesucristo aunque ellos digan serlo.

Entonces lo que él hace es la cadena de la sucesión apostólica, desde los apóstoles hasta la iglesia católica, demostrando con ello que existe una sucesión ininterrumpida en la transmisión apostólica entre Jesucristo, los doce apóstoles que Él elige, y la Iglesia Católica de la segunda mitad del siglo segundo.

Y les dice a los miembros de la secta: “sin embargo vosotros no podéis hacer este árbol de sucesión apostólica que yo hago, no podéis hacerlo. Porque os habéis inventado a vosotros mismos. Sois una secta inventada, no estáis fundados por Jesucristo”. Y esto lo hace con firmeza. En su libro “Adversus hereses” escribe lo siguiente: “la tradición de los apóstoles que ha sido manifestada en el mundo entero, puede ser percibida en toda la Iglesia por todos aquellos que quieren ver la verdad, y nosotros podemos enumerar los obispos que fueron establecidos por los apóstoles en las iglesias, y sus sucesores hasta nosotros. En efecto, los apóstoles querían que fuesen totalmente perfectos e irreprochables aquellos a quienes dejaban como sucesores suyos, transmitiéndoles su propia misión de enseñar. Si obraban correctamente, se seguiría gran utilidad. Pero si hubiesen caído, la mayor calamidad”.

San Ireneo de Lyon insiste mucho en la sucesión apostólica diciendo: “vosotros, las sectas, no podéis consideraros hijos de esa Iglesia de Jesucristo cuando resulta que os fundasteis a vosotros mismos con motivo de que en el año tal, en el año cuál, pues hubo alguien que rompió con la Iglesia y fundó una nueva iglesia”.

Este argumento es importante, porque cuando alguien se nos presenta como hoy en día, en el siglo XXI, como la verdadera Iglesia que sigue a Jesucristo, cabe preguntar: “¿y tú eres consciente -no voy a decir ningún nombre-, tú eres consciente de que se trata de una congregación formada en el siglo XX, o en el siglo XIX...? Si eres la auténtica Iglesia que sigue a Jesucristo, ¿dónde estabas en siglo XIX... dónde estaba esa iglesia? ¿y en el siglo XVII? ¿y en el siglo XV... y en el siglo XIV... y en el siglo XII...? Porque si sigues a Jesucristo, tienes que haber existido desde el principio... pero tú has nacido hace treinta, cuarenta, cincuenta, cien años, o trescientos años o cuando sea... es decir, tú tienes un origen histórico en alguien que rompió con la Iglesia y se fundó a sí mismo”.

Este es un argumento importante, porque la estructura católica es una estructura en la que nosotros somos conscientes de que no tenemos nada que no hayamos recibido. “Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis”. Lo que dice Pablo: “yo he recibido una tradición que a su vez os transmito. Yo no me auto-invento”. Y esto nos da un carácter que es muy humilde. Yo no soy dueño, no somos dueños del mensaje que llevamos entre manos. Llevamos un tesoro en vasijas de barro, y nosotros no podemos pretender cambiar el tesoro o amoldarlo.

Esto es importante. San Ireneo es un gran testigo de la conciencia de la Iglesia de la sucesión apostólica. Refiriéndose a esta red de la sucesión apostólica como garantía de perseverar en la Palabra del Señor, se concentra San Ireneo en la iglesia más grande, más antigua, y más conocida de todos, “fundada” dice él, “y establecida en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo” (leyendo literalmente del libro de San Ireneo del siglo segundo).

De este modo, para San Ireneo y para la Iglesia universal, la sucesión apostólica y especialmente la de Roma, -igual habéis visto algún póster de esos grandes en los que se ven las listas de la sucesión apostólica desde Pedro hasta nosotros, y gracias a Dios las conservamos-, es muy importante.

Es verdad que han habido momentos históricos en los que ha podido faltar memoria, porque obviamente en dos mil años, pues no ha existido una recopilación bibliográfica -no es tan fácil-. Pero sin embargo, aunque hay algunos momentos que ha costado saber quién fue el sucesor de tal Papa, básicamente sí tenemos el árbol de la sucesión apostólica, especialmente en Roma.

Se convierte pues en el signo, en el criterio, la garantía de la transmisión ininterrumpida de la fe apostólica. “Con esta iglesia...” -sigo leyendo a San Ireneo-, “Con esta iglesia, a causa de su origen más excelente, debe necesariamente estar de acuerdo toda la Iglesia, es decir los fieles de todas partes, pues en ella se ha conservado siempre la tradición que viene de los Apóstoles.”

San Ireneo (siglo II) dice: “Quien quiera estar en la fe de Jesucristo, tiene que estar en comunión con la fe de Roma.” La sucesión apostólica, es por tanto criterio de la permanencia de las diversas iglesias en la tradición de la fe apostólica común, que ha podido llegar hasta nosotros gracias a ese canal de la sucesión apostólica.

“Por este orden y sucesión, han llegado hasta nosotros –sigue San Ireneo-, aquella tradición que procedente de los apóstoles, existe en la Iglesia, y el anuncio de la verdad. Y esta es la prueba más palpable, de que es una sola y la misma fe, la que en la Iglesia, desde los apóstoles hasta ahora, se ha conservado y transmitido en la verdad.”

La sucesión apostólica tiene mucha importancia, y fijaos lo que supone para cualquiera de vosotros que me estáis oyendo lo siguiente: A ti te bautizó un sacerdote. Ese sacerdote que te bautizó, había sido ordenado sacerdote por un obispo. Y ese obispo había sido ordenado obispo por otros obispos -el mínimo tiene que ser de tres obispos que ordenan a otro obispo-. Y esos obispos habían sido ordenados por otros obispos, y esos por otros... y así vamos en una cadena de sucesión. Y obviamente esa cadena de sucesión llega hasta Jesucristo.

No se trata simplemente de una concatenación material, porque igual alguno podría intentar ridiculizar esto preguntando si es que debe haber algún “hilito” que no se rompa... No hagamos una caricatura de ello. Es más bien un instrumento histórico del que se sirve el Espíritu Santo para hacer presente a Jesús, cabeza de su pueblo, a través de los que son ordenados por el ministerio mediante la imposición de las manos y la oración de los obispos.

Así pues, digamos que mediante la sucesión apostólica es Cristo quién llega a nosotros. En la palabra de los apóstoles y de sus sucesores los obispos, es Cristo quien nos habla. Mediante sus manos, es Él, es Cristo quien actúa en los sacramentos. En la mirada de ellos, también es la mirada de Cristo la que nos envuelve y nos hace sentir amados y acogidos en el corazón de Dios.

Es decir, que hoy podemos decir en el siglo XXI que Cristo mismo es verdadero pastor y guardián de nuestras almas, al que podemos seguir con confianza, gratitud y alegría, y podemos hacerlo con la mediación de sus pastores, que siguen cuidando de nosotros y siguen transmitiendo en esa sucesión apostólica.

Pasamos al punto 78 que dice:

**78** Esta transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo es llamada la Tradición en cuanto distinta de la Sagrada Escritura, aunque estrechamente ligada a ella. Por ella, “la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree” (DV8). “Las palabras de los Santos Padres atestiguan la presencia viva de esta Tradición, cuyas riquezas van pasando a la práctica y a la vida de la Iglesia que cree y ora” (DV8).

Antes ya he explicado cuál es esa diferencia entre Tradición y Escritura, que por otra parte seguro que hablaremos más en el futuro. Como la palabra se sustenta en la tradición de los apóstoles, que son los que la reconocen como Palabra de Dios y de hecho ellos son los que han discernido qué textos escritos son Palabra de Dios y cuáles son apócrifos, o incluso son heréticos. Y obviamente su ser apóstol y su ser sucesor de los apóstoles, está justificado y está testificado en la palabra puesta por escrito. Es un apoyo mutuo.

En el punto se añade a lo que habíamos dicho un término nuevo: “las palabras de los Santos Padres atestiguan la presencia viva de esa Tradición”. Los Santos Padres, los Padres de la Iglesia, tienen mucha importancia dentro de esta sucesión apostólica. La tradición es verdad que está especialmente sustentada en los sucesores de los apóstoles, pero también puede haber Padres de la Iglesia, Santos Padres que no sean obispos. Que hayan sido santos de los primeros siglos, predicadores de la Palabra de Dios, mayoritariamente serían sacerdotes -pero tampoco es una condición indispensable-, que han ido formando el cuerpo de la Tradición de la Iglesia.

¿Por qué son tan importantes estos Santos Padres de los primeros siglos? Pues por tres razones fundamentales: porque son testigos privilegiados de la Tradición de la Iglesia (pues estaban en esos primeros siglos), porque nos han transmitido un método teológico que es luminoso y es seguro, y porque los escritos de los Padres ofrecen una riqueza muy grande que hace de ellos grandes maestros de la Iglesia de ayer de hoy y de siempre.

Esto es lo que ha conformado lo que se ha llamado la patrología, que es una rama de la teología que estudia lo que dijeron los padres de los primeros siglos. Igual que existe la escritura, igual que existe la mariología, igual que existe la cristología, también existe la patrología, que es el estudio de los escritos, también de la vida, pero principalmente de los escritos de los Padres de los de los primeros siglos y que son un criterio de interpretación muy luminoso, muy seguro de cómo se interpreta la Palabra de Dios.

Habitualmente se considera su época como la de los siete primeros siglos de la era cristiana, y naturalmente cuanto más antiguo es un Santo Padre, más autorizado es su testimonio. Por ejemplo antes he hablado de San Ireneo de Lyon, que es un testimonio muy autorizado porque es del siglo II y estaba muy cerca de Jesucristo.

En ellos confluyen dos cosas: ortodoxia de doctrina y santidad de vida, que son dos notas distintivas de los Padres. Ellos estuvieron muy cerca de Jesucristo, fueron muy fieles a la doctrina que se las había transmitido y eran Santos. Algunos han sido declarados explícitamente santos de la Iglesia, otros no estarán canonizados pero se les ha considerado en la tradición, santos.

Pasamos al punto 79

**79** Así, la comunicación que el Padre ha hecho de sí mismo por su Verbo en el Espíritu Santo sigue presente y activa en la Iglesia: “Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo” (DV8).

Tomado de Dei Verbum (número 8).

A través de esta sucesión apostólica, a través de esta manera de ir comunicando a las siguientes generaciones -porque cuando uno lee el Evangelio-, se da cuenta que en el Evangelio, Jesucristo, lo que transmitió Él, tenía intención de que continuase después de su ascensión a los cielos, y después de la muerte de los apóstoles. Es bastante claro, porque cuando Él les dice: “Id por todo el mundo predicando el Evangelio y haced discípulos de todas las naciones”, no lo iban a hacer en los ocho años siguientes los allí presentes... Les dice: “No concluiréis vuestra labor hasta el fin del mundo...”

Es obvio que Jesús tenía una intención de que el mensaje que estaba predicando, tuviese una continuidad: esa es la sucesión apostólica. Porque Jesús tenía esa voluntad, existe como un cauce de sucesión apostólica de cómo llevar adelante ese mensaje.

A mí lo que me impresiona es que no se trata únicamente de una transmisión meramente material, una concatenación material el hecho de que “yo te elijo a ti, yo te elijo a ti...” Detrás de eso se esconde algo impresionante y es que dice que “Dios sigue conversando con la Esposa de su Hijo amado” es decir, con la Iglesia.

Dios sigue conversando con la Iglesia, a través de la sucesión apostólica. Me impresiona “que sigue conversando”, es decir, en contacto con nosotros. Nos habla, nos inspira, nos fortalece, nos sostiene en las pruebas, cuando lo estamos pasando mal, cuando nos afectan problemas...

Dios sigue conversando. No es que puso en marcha este proceso, subió a los cielos y dijo “Aquí os quedáis. Hasta mi vuelta.” No. Sigue caminando entre nosotros. Acordaos de “donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.



Hay pues un caminar junto a nosotros, y un sentir que esta Iglesia es Esposa de Cristo, sigue siéndolo, y el esposo cuida de su esposa. Porque la ama. Y como la ama, la cuida.

Esta es la primera afirmación fuerte que hace este número ocho de la Dei Verbum. Y la segunda afirmación que hace, es que a través de esta sucesión apostólica, va introduciendo a los fieles en la verdad plena, y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo. O sea, que vamos poco a poco. Gracias a esa sucesión apostólica vamos cada vez conociendo más a Cristo, conformándonos más con Él. Cada vez su revelación va quedando más clarificada.

Me habéis escuchado en este programa en alguna ocasión decir que gracias a ese progreso en la tradición, podemos hoy tener un conocimiento de Jesucristo todavía más intenso que el que existía en el siglo XII, o en el XIV, o en el X.

Tenemos un conocimiento más profundo de Jesucristo. Esto no es contradictorio con lo que he dicho antes de que le damos mucha importancia a los Santos Padres que vivieron en los primeros siglos, porque al haber vivido en los primeros siglos, estaban muy cerca de Jesucristo para poder comprender bien cómo la primera comunidad cristiana había interpretado las palabras de Cristo.

Pero eso no quiere decir que ahí se haya terminado la asistencia del Espíritu Santo a su Iglesia, sino que posteriormente en el primer milenio, en el segundo milenio, el Espíritu Santo ha continuado entre nosotros, esclareciendo poco a poco el significado de la palabra de Dios y con una continuidad sin ruptura –esto es muy importante-, en la tradición de la Iglesia a lo largo de dos mil años, hemos ido poco a poco cada vez conociendo más plenamente la verdad de Cristo. Y haciendo que Él habite, que la palabra de Cristo habite en nosotros, que seamos conformados con Él y que nos hayamos familiarizado con la revelación.

Y este estar familiarizados -fijaos en este programa o en Radio María en general, con qué familiaridad hablamos de las cosas de Dios-, es un don por el que las cosas sobrenaturales las podemos transmitir de una manera casi connatural, y al mismo tiempo hacer de lo natural de nuestra vida, de lo cotidiano, algo sobrenatural, vivirlo con espíritu sobrenatural.

Bueno, pues eso es posible gracias a que ha existido en estos dos mil años esta sucesión apostólica y esta tradición, y cuando uno ha sido educado en la tradición de la Iglesia, pues ha vivido como empapado en Cristo, ha vivido familiarizado con ese mensaje sobrenatural de la revelación, que no le suena a chino –con perdón-, que no le suena extraño. Porque me he familiarizado, porque esta palabra de Cristo está siendo largamente meditada a lo largo de dos mil años, familiarizada con nosotros, transmitida de manera que sea comprensible y sea asequible, y además sea muy significativa, que es una palabra que nos ilumina nuestra vida y nos llega a transformar.

Bien, pues este es el misterio de la sucesión apostólica, gracias a la cual nos seguimos sintiendo seguidores de Cristo y concedores de su palabra. Testigos de su vida ante el mundo. Lo dejamos aquí.